

AZORÍN Y LA ANDALUCÍA TRÁGICA:
¿UNA NUEVA ESCRITURA DE LO SOCIAL?

JACQUES MAURICE
Université Paris X-Nanterre

Por ser breve *La Andalucía trágica* no deja de ser un texto significativo en la carrera de Azorín, en la estrategia seguida por éste para afirmar una personalidad de escritor joven respecto de los mayores, los maestros de la narrativa realista, y sus herederos. De hecho, no son más de 25 páginas de las 240 que comprende la edición de *Los Pueblos* preparada por José M.^a Valverde para los Clásicos Castalia (1974). En una «Nota previa», éste recuerda que *Los Pueblos* fueron primero artículos publicados en 1904 en el diario *España*, «de orientación vagamente maurista», mientras que los cinco artículos de *La Andalucía trágica* aparecieron en abril de 1905 en *El Imparcial*, recién vuelto Azorín de la Mancha adonde fue enviado poco antes por José Ortega Munilla, director del diario liberal, recorrido del cual salió el libro *La ruta de Don Quijote*.

Llama la atención el hecho de que, a lo largo de esta publicación, se va produciendo el tránsito de una firma a otra ya que José Martínez Ruiz dejó entonces de firmar con nombre y apellidos, adoptando para siempre el apellido del protagonista de libros anteriores, *La Voluntad* y *Antonio Azorín*. En el cuarto artículo de *La Andalucía trágica*, por ejemplo, su interlocutor, un médico, se dirige a él llamándole repetidas veces: «Señor Azorín». Por lo demás, se trata en este texto de una cuestión que, según Juan Díaz del Moral, autor de la obra de referencia: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas* (Alianza, 1973), «se convirtió en el problema central de la opinión pública» en aquellos primeros años de este

siglo: «la cuestión agraria de Andalucía» (p. 220). De esta manera, Azorín cumplía con el propósito expresado en el *Manifiesto de los tres* que redactó conjuntamente con Pío Baroja y Ramiro de Maeztu en diciembre de 1901: «poner al descubierto las miserias de la gente del campo». Por encima —así lo recalca José M.^a Valverde en su introducción— Azorín incorporó *La Andalucía trágica* a *Los Pueblos* desde la reedición que hizo de éste en 1914: fue precisamente un año después de inventar «la generación del 98» entre cuyas señas de identidad se destacará aquí la última: «se esfuerza en fin (dicha generación) en acercarse a la realidad y en desarticular el idioma, en agudizarlo, en aportar a él viejas palabras, plásticas palabras, con objeto de aprisionar menuda y fuertemente la realidad» (*Clásicos y Modernos*, Losada, 1952: 187 —el subrayado es mío). Quizá por ello mismo resulte fructífero leer *La Andalucía trágica* descifrándola con la clave que nos proporciona su autor de la búsqueda de la máxima adecuación entre significante y significado.

La susodicha cuestión agraria se examina en tres de los cinco artículos de los que consta el texto: el segundo y el tercero presentan el «fondo» y las «figuras» de esta cuestión en Lebrija, pueblo vinícola de la provincia de Sevilla, lindante con la de Cádiz, ubicado en una extensa zona de viñedos; el cuarto relata la visita de los «barrios obreros» del pueblo por un médico. Están enmarcados por el primer y el último artículo de la serie, evocando aquél la llegada en tren a Sevilla y el ambiente de la ciudad: es una meditación sobre un paisaje tanto más grato a los sentidos cuanto que contrasta con el «austero paisaje de la Mancha» que acaba de atravesar el viajero. También es una muestra de prosa poética, de ritmo veloz, generado por la carrera del tren, que parece contagiarse al andar de los mismos sevillanos. El quinto artículo evoca, por su parte, uno de los viejos pueblos que le gustaban tanto a Azorín, el del gaditano Arcos de la Frontera: es otra muestra de prosa poética, de ritmo lento, que se amolda al paso cansino del transeunte que camina, subiendo y bajando, por el laberinto del casco histórico, y se detiene para contemplar el paisaje en el cual se proyecta la tonalidad trágica del problema social anteriormente comentado. Por añadidura, vive allí uno de esos «seres filosóficos» ya mencionados en el primer artículo sobre Sevilla, un ser cuya «filosofía» consiste en asimilar la situación del contribuyente español, agobiado por los impuestos, a «la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo» (sic)... Bien se ve la unidad estructural del conjunto, ya sugerida desde el incipit

del tercer artículo al hablarse de entrada de «capítulo anterior»: *La Andalucía trágica* no es una mera crónica escrita a vuelapluma, sino una obrita meditada y cuidada, confirmándolo el dilatado espacio de tiempo que separa a los sucesivos «capítulos», cuya publicación se extiende del 3 al 24 del mes de abril de 1905.

Al analizar el tratamiento azoriniano de la cuestión agraria, se ha de advertir, ante todo, que el mismo autor no disocia el enunciado de la enunciación, presentándose una y otra vez como un «cronista»:

Esa es la Andalucía trágica que ha venido por lo pronto a buscar el *cronista* (I, 242).

¿No os encantaban a vosotros —como al *cronista*— los viejos y venerables oficios de los pueblos? (V, 261).

Azorín no pierde nunca de vista al destinatario de su mensaje, siendo éste un lector genérico, a quien se interpela de vez en cuando como en el siguiente paisaje: «Hay, lector, un medio de conjurar por lo pronto el conflicto» (II, 247).

Este lector genérico remite a una pluralidad de lectores individualizados por el uso sistemático de la segunda persona de plural; de esta manera, se establece una relación de familiaridad basada en el presupuesto de que el autor no es ningún experto, ni alguna celebridad:

Ya estoy en Lebrija. Yo no quiero engañar al lector; yo no soy un sociólogo, ni un periodista ilustre, ni un diligente reportero; *yo soy un hombre vulgar a quien no le acontece nada* (II, 242 —el subrayado es mío—).

Esta aparente modestia es más que una retórica *captatio benevolentiae* al facilitar la identificación del lector con el autor.

Así se justifica la visión eminentemente subjetiva que se va a dar de la cuestión agraria andaluza, visión hecha de una sucesión de instantáneas: la del propio cronista a su llegada a Lebrija; la de los jornaleros reunidos en torno a él; la del médico del pueblo a quien acompaña en su visita. Cada artículo o «capítulo» concluye con una reflexión que, directa o indirectamente, toma por blanco de la crítica al personal político, convertido de hecho en chivo expiatorio.

El capítulo segundo: «En Lebrija» es el bosquejo del «fondo» o, más exactamente, una aproximación muy cautelosa al problema planteado. Empieza como una descripción pausada del pueblo que

se focaliza sucesivamente en la plaza, en la fonda y en el Casino. Primero, la plaza, con sus «labriegos» captados en la inmovilidad del paro forzoso, caracterizados con el detalle típico a lo Lukàcs:

Hay en un costado de la plaza unas sombras anchas y gratas, y en ellas, sentados con gestos de tedio, de estupor, reposan quince, treinta labriegos con los sombreros caídos sobre las frentes (II, 243-244).

Se reitera el detalle un poco más lejos al tratarse del Casino:

El Casino está en la plaza; la plaza permanece desierta, silenciosa; allí en la sombra ancha y grata, los labriegos siguen sentados, inmóviles, cabizbajos, con sus sombreros sobre la frente (II, 245).

Antes de acercarse al Casino, Azorín se ha hospedado en la única fonda del pueblo, una fonda fresca y sosegada, con su guapa criada, Consolación, cuya evocación introduce una discreta nota de sensualidad. Pero el espacio significativo es el del Casino, sumido en un silencio que reduplica el de la plaza, edificio totalmente vacío puesto que «los señores no salen de sus casas» (II, 246), hecho que resulta de una situación anómala enunciada sobriamente por el autor: el hambre, una sequía asoladora y la filoxera. Esta exposición escueta introduce los primeros datos de carácter informativo sobre el pueblo:

Lebrija es una población de 14.000 almas; hay en ella unos 3.000 jornaleros. De estos 3.000, unos 1.500 son pequeños terratenientes; tienen su pegujal, tienen su borrica. Los otros no cuentan más que con el producto de su trabajo; mas todos, unos y otros, están ya en igual situación angustiosa (II, 246).

Azorín usa aquí una técnica propia del enviado especial de un periódico, refiriendo opiniones ajenas —la de «un prestigioso periodista», la de «los propietarios»—, lo que confiere mayor objetividad a su discurso hasta en su modalidad subjetiva: con pleno derecho puede Azorín hablar de «estos buenos labriegos» en la medida en que los mismos propietarios opinan que son «buenos trabajadores». Pero, pese a la simpatía que despiertan, se les pinta impotentes, como fieras encerradas en una jaula, frente a la lentitud y desidia de la burocracia estatal evocadas en términos que prefiguran la leve

sátira que un Eduardo Mendoza hace de ellas en *La ciudad de los prodigios*:

La carretera está ya concedida, mas la orden para que comiencen las obras no acaba de llegar. ¿Por qué oficinas será preciso andar para lograr tal orden? ¿Qué cúmulo de firmas habrá que conseguir? ¿Qué gruesos y terribles cartapacios será necesario abrir y cerrar? ¿Cuántos y cuántos ordenanzas galoneados tendrán que ir arriba y abajo por los sombríos pasillos de los Ministerios? ¿Qué conferencias tendrán que celebrar el jefe de este negociado, el director de tal ramo, el oficial tercero de esta oficina y el oficial segundo de la otra? (II, 247).

El tercer capítulo: «Los obreros de Lebrija» es el más informativo y, a la vez, el más artificial por la puesta en escena a la que da lugar a través de la reunión del autor con media docena de jornaleros en «un cuarto cerrado del Casino». La charla, en apariencia informal, entre todos es, bien mirado, un mero pretexto para exponer al lectorado de un diario madrileño las diferentes partidas del presupuesto de una familia obrera, más precisamente de sus gastos, o, dicho en los términos que van imponiéndose en aquel entonces, lo que ha de ser «el jornal mínimo diario» (III, 249). La exposición se realiza de manera didáctica: con sus preguntas, Azorín hace precisar por sus interlocutores el significado de palabras habituales en el léxico del trabajo agrícola tales como: *telera* de pan, *panilla* de aceite o el peso de la arroba «de aquí». Después de lo cual, el más taciturno de los jornaleros presentes rompe a hablar para exponer las acciones que habría de acometer el Estado para mejorar la situación de los trabajadores del campo: en resumidas cuentas, se trataría de expropiar terrenos incultos y venderlos a plazos a los jornaleros, fomentando simultáneamente el crédito agrícola. A este respecto lo que hace Azorín es anticipar la futura actuación del sindicalismo católico con sus cajas rurales (bien conocida hoy gracias al documentado trabajo de Juan José Castillo sobre el pequeño campesino castellano) así como la de los conservadores una vez vueltos al poder bajo la jefatura de Antonio Maura con la política de colonización interior sobre tierras incultas promulgada por ley en 1907, cuando Azorín ya es diputado y, por encima, diputado conservador.

El cuarto capítulo lleva un título a primera vista enigmático: «los sostenes de la patria». Se trata de los «labriegos» de las regiones más feraces de España —«las del Mediodía y las de Levante»

(IV, 258)— diezmos por la tuberculosis que prospera en cuerpos desnutridos, en «seres anémicos». Esta es la expresión irónica empleada por el médico compasivo con el que conversa Azorín durante el recorrido que hacen de los barrios obreros, «Don Luis, el buen doctor», calificación reiterada una y otra vez a lo largo del capítulo. De nuevo, Azorín aprovecha la oportunidad para insertar algunos datos estadísticos sobre la elevada mortalidad en las campañas sevillanas y sus causas así como sobre la tensa situación social caracterizada por «el odio entre el obrero y el patrono» (IV, 257). De esta situación ofrece las manifestaciones más conflictivas, por ser también más inhabituales, como son el abandono del trabajo por «criadas viejas» y amas de leche.

Sin embargo, mayor atención le concede al personaje del médico que se complace en retratar según esa técnica predilecta de yuxtaposición de pequeñas pinceladas bajo el aspecto del «médico de los pobres», tipo social y literario muy característico de la sociedad española del novecientos. Y tanto es así que, en esta escena, Azorín se contenta con darle la réplica a su interlocutor de manera poco convincente, la de una autómatas:

Señor doctor... esto es verdaderamente terrible.

Don Luis... esto es terrible.

Señor doctor... esto es un verdadero espanto.

Es increíble lo que usted me cuenta, señor doctor (IV, 255-257).

No puede haber conclusión más desengañada que la que saca al final de la conversación con el médico sobre la imposibilidad de «una reconstrucción próxima de España», o sea, sobre la vanidad de una política de regeneración.

Lo más llamativo de la serie es, sin lugar a dudas, el *incipit* del quinto y último capítulo, el cual, sin transición alguna, reincide en la tonalidad esteticista del primero: «¿Qué es lo que más cautiva vuestra sensibilidad de artistas, los llanos uniformes o los montes abruptos?» (V. 259).

Se han desvanecido ya los «labriegos» de la Andalucía trágica, pasando al primer plano las sensaciones e impresiones que despierta en el paseante la majestad del paisaje. Contrastando con ello, y como colofón a esta serie de crónicas, Azorín acaba desarrollando una filosofía de café de comercio, enunciada con una pronunciación pretendidamente andaluza por el tío Joaquineto, talabartero de

oficio y símbolo de esa España arcaica que tanto goce estético le proporciona al ciudadano culto, filosofía resumida mentalmente *in fine* en los siguientes términos:

He aquí —decís para vosotros— el pensamiento de toda España, que palpita en el editorial de un gran periódico, en el discurso pronunciado en el mitin y en las palabras de un talabartero filósofo perdido en una serranía abrupta (V, 262).

Si algo le queda a Azorín de su anarquismo de juventud es la desconfianza, reiterada una y otra vez, respecto de la política y de los políticos, los de «las Cámaras y de los Ministerios» contrapuestos, desde el segundo capítulo, en tono muy regeneracionista, a «los que viven en los campos y las fábricas» (II, 248).

Frente a los malos están los buenos «labriegos»: «la muchedumbre campesina no es mala: tiene sencillamente hambre» (II, 246).

En realidad, los campesinos son «buenos» en la medida en que no profesan ideas, sino, como lo declara «el buen doctor», porque les impulsa «un nihilismo instintivo, natural, espontáneo» que se reduce a dos ideas tan simples como simplistas: «el amo es el enemigo» y «las leyes se hacen para los ricos» (IV, 258).

Dicho de otra manera, lo que hace Azorín, al colaborar en *El Imparcial*, es eludir la realidad concreta de la Andalucía trágica, con su régimen de la tierra antieconómico y antisocial, el de los latifundios y del paro crónico, así como la aguda conflictividad social generada por éste en los primeros años de siglo, en especial con la multiplicación de las huelgas agrícolas, del mismo modo que elude ese «despertar de la conciencia de clase» del cual Juan Díaz del Moral se hizo el historiador escrupuloso, mostrando que tal despertar se plasmó en sociedades anarquizantes que prefiguraron los modernos sindicatos.

El lector deseoso de encontrar una información veraz consultará la ya mencionada *Historia de las agitaciones agrarias cordobesas*, especialmente el capítulo octavo dedicado al período 1900-1909. Encontrará primero una descripción pormenorizada, conmovedora por su sencillez casi clínica, de lo que fueron la sequía y el hambre en 1905, «el último de los años malos que ha padecido Andalucía» según estimaba el autor a la altura de 1929 cuando por primera vez se publicó su obra:

Se secaron fuentes y pozos. El agua para abastecer las poblaciones, escasísima, se hizo impotable de puro turbia y cena-

gosa. Los ganados morían de hambre... La situación de los labradores era muy grave... retuvieron sólo a los obreros estrictamente precisos para cuidar los ganados... En tales condiciones el problema de los trabajadores del campo era pavoroso. Casi la totalidad de ellos tenía ante sí ocho o nueve meses de paro forzoso, sin percibir un jornal. Los escasos que se cobraban obedecían a la ley de los años malos: a jornal barato, pan caro. La perspectiva de la calamidad levantó en toda la provincia, como en las de Sevilla y Cádiz, intenso clamoreo (pp. 206-207).

El lector descubrirá también en el libro de Díaz del Moral (pp. 210-211) el gran número y la intensidad de las revueltas y de los motines del mes de abril en los pueblos cordobeses, en el preciso momento en que Azorín, «el pequeño filósofo», se deleitaba visitando Sevilla y los pintorescos pueblos de la serranía gaditana. Podrá por fin (pp. 220-221) tomar conocimiento del sinnúmero de debates e informes a que dio lugar la cuestión agraria en las instituciones, tanto las privadas como el Ateneo de Madrid, como las públicas, especialmente en el recién creado Instituto de Reformas Sociales que, en 1904, organizó un concurso sobre «El problema agrario en el Mediodía de España», publicó las memorias premiadas por el Rey Alfonso XIII y, al año siguiente, publicó una *Información acerca de los obreros agrícolas en las provincias de Andalucía y Extremadura*, que proporcionaba gran cantidad de datos sobre el presupuesto de las familias obreras, datos que, por lo demás, facilitaba también la prensa obrera. En definitiva, si Azorín necesitaba documentación a efectos informativos, no era en absoluto preciso que se trasladara a Lebrija...

En un trabajo sobre «la inspiración libresca de Azorín» [*Ideología y política en las letras de fin de siglo (1898)*, Austral, 1988], Inman Fox caracterizaba su arte como «esencialmente antirealista». El análisis de *La Andalucía trágica* le da la razón. En este texto Azorín edulcora la realidad «aprisionándola menuda y fuertemente». Lo hace, naturalmente, con el léxico siendo la ocurrencia más significativa la de *labriegos*, que debió juzgarse más adecuada para sugerir la nobleza innata de los campesinos. Menos visible y más eficaz resulta el recurso a numerosas figuras de retórica como son la anáfora, la interrogación oratoria, la elipsis cuando no, lisa y llanamente, la omisión y, en sentido contrario, el énfasis que, al generalizar los datos de la observación, les confiere distinto significado como, por ejemplo, al final del tercer capítulo:

Ya están cansados los buenos labriegos de Lebrija; ya están cansados los labriegos de toda Andalucía; ya están cansados los labriegos, los obreros, los comerciantes, los industriales de toda España. Ya estamos cansados los que movemos la pluma para pedir un poco de sinceridad, de buena fe, de amor, de reflexión a los hombres que nos gobiernan. ¿Qué va a venir después de este cansancio? ¿No es ésta una interrogación formidable? (pp. 253-254).

Leído en alta voz, este párrafo aparece como una pieza de virtuosismo en la que la muy trabajada musicalidad de la frase no tiende a estimular la reflexión de un lectorado pequeño-burgués, sino a hipnotizarle, haciéndole cómplice de seudoevidencias al mismo tiempo que le proporcionará quizá la fruición de algunos escafofríos poco peligrosos.

Tanto por su composición como en su trama textual *La Andalucía trágica* da una visión sesgada de lo social en el campo andaluz. En contra de lo que sugiere José M.^a Valverde no desentona en *Los Pueblos*: por el contrario, lo completa con la modalidad regional que no podía faltar en un volumen como éste, la de la España del sur, la que, a lo menos desde los tiempos del romanticismo, nutre el imaginario social de los europeos y, por lo tanto, de los mismos españoles. De Andalucía se sugiere claramente en el texto comentado que, más allá de pasajeras circunstancias, lo trágico constituye su esencia, tanto la de sus hombres como la de sus paisajes. Nada más lejos, en cualquier caso, del minucioso reportaje que, a lo largo de 21 artículos publicados en *El Día* (y recogidos por Simone Saillard en su tesis sobre *Clarín. Du journalisme au roman*, Toulouse, 1974), hizo Clarín de la situación social en la Baja Andalucía en los tiempos de la Mano Negra, allá por el año 1883. Para Azorín, en cambio, todo, en el pasado como en el presente, era materia, o pretexto, de transmutación por el lenguaje de tal modo que lo real se quedaba libre de cualquier aspereza.

BLANK PAGE